

SUBNORMALIDAD Y CLASE SOCIAL

LA deficiencia mental no hace distinción de clases, se da en todos los estratos sociales. Nadie está libre de tener un hijo deficiente. El nacimiento de un niño subnormal es algo que ocurre hasta en «las mejores familias». Suelen citarse para el caso la hija del general De Gaulle y la hermana de los Kennedy. En España podría alegarse alguna de sus multimillonarias familias. La deficiencia mental parece, pues, poder producirse en las capas sociales más elevadas igual que en las más deprimidas.

Es una verdad a medias, y lo que le falta para ser verdad de cuerpo entero la torna más bien falsedad. La deficiencia mental sí que hace distinción de clases, pues si bien es cierto que ninguna familia, ni del Gotha, ni de la altísima burguesía capitalista, queda exenta del riesgo de tener un miembro subnormal, no menos cierto es que la incidencia y las tasas de subnormalidad son considerablemente más elevadas en la clase baja que en la alta, en los estratos económica y culturalmente pobres que en las capas de profesionales y de burguesía incluso media. El fenómeno de la deficiencia mental —el drama de tener un hijo subnormal— manifiesta así, en su configuración y constitución misma, unas connotaciones de clase. Lejos de venir puramente fijado por un destino sobrehumano, o sencillamente ajeno al hombre (los dioses, los genes o los diablos de un mal azar), aparece siempre determinado, sobre-determinado o codeterminado por unas causas y condiciones sociales.

El hecho: pobreza y subnormalidad

La relación entre pobreza y riesgo de subnormalidad no es una hipótesis teórica o ideológica: es un hecho. Al hecho podrán buscarse luego claves explicatorias más o menos convincentes, mejor o peor fundadas en otros hechos comprobados. Pero, en todo caso, antes de tratar de averiguar por qué las capas sociales pobres están más expuestas al desgraciado accidente de la deficiencia mental, conviene detenerse en la circunstancia de que efectivamente ocurre así, y de que aun en el supuesto de no encontrarle explicación adecuada, el hecho continúa existiendo en toda su materialidad.

La alegación de investigaciones que han comprobado ese hecho ha de ser aquí forzosamente breve y esquemática, sin entrar en el análisis de variables (sexo, raza, edad, etcétera), cuya discusión, incluso sucinta, alargaría extraordinariamente la presentación de los resultados de tales estudios. Des-

cribir estudios hechos en otros países, principalmente en Estados Unidos, donde ha constituido foco de atención de los investigadores sociales.

Que los niños de familias acomodadas obtienen en las pruebas de inteligencia resultados significativamente mejores que los de

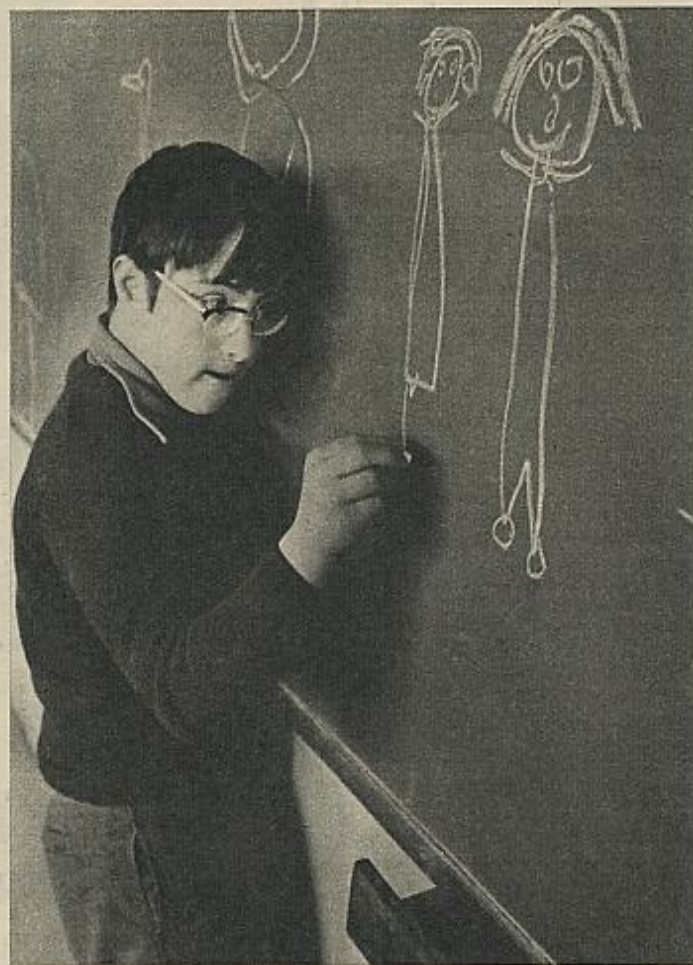
Alfredo Fierro

graciadamente, no se cuenta con trabajos realizados sobre la población española. Las investigaciones sociológicas sobre subnormalidad existentes en el país no se han aplicado en rigor a aclarar este punto (1). En su defecto, hay que

familias pobres, es algo que se sabe desde hace tiempo, desde la época misma de creación de esas pruebas psicotécnicas. Ya en 1910 observaron Binet, en París, y Decroly-Degand, en Bélgica, que los niños de barrios pobres daban

(1) El más importante trabajo de investigación social de la subnormalidad realizado hasta ahora en España. El problema de la deficiencia mental en Gulpúcoa, hecho por el equipo GAUR (San Sebastián, 1973), dedica un epígrafe (págs. 113-120) al tema de

la clase social, y, por cierto, en la misma perspectiva de este artículo. Pero no aporta evidencias empíricas sobre la correlación entre clase social y tasa de subnormalidad, porque este preciso punto incluye aspectos muy complejos que caían fuera de la metodología de ese estudio.



La comprobación de la existencia de una relación entre pobreza y riesgo de subnormalidad va más lejos del ya viejo descubrimiento de una correspondencia entre nivel económico y nivel intelectual.

peores resultados en el «test» de Binet-Simon. Desde entonces se han hecho muchos estudios que evidencian la relación existente entre la capacidad intelectual, tal como la miden los «tests», y el nivel económico. Quizá la más ambiciosa investigación hasta la fecha en ese sentido haya sido la realizada por el Instituto Nacional de Estudios Demográficos, en Francia (1944). Se trabajó sobre casi cien mil niños franceses en edades entre seis y doce años, encontrándose un paralelismo constante entre la jerarquía de los niveles socio-económicos y la de los niveles mentales. Dicha investigación puso de manifiesto, además, que el nivel inferior, en cuanto a desarrollo intelectual de donde parten los niños de clase baja al llegar a la escuela, constituye un lastre y un obstáculo de partida que nunca llegan, como grupo, a superar del todo (2).

La comprobación de la existencia de una relación entre pobreza y riesgo de subnormalidad va más lejos del ya viejo descubrimiento de una correspondencia entre nivel económico y nivel intelectual. O también: es una comprobación de que tal correspondencia se da no sólo dentro de los límites digamos normales de la inteligencia humana, sino que llega a transgredirlos por debajo y se cumple asimismo en los grados de capacidad intelectual considerados como inferiores a lo «normal». Para llegar a una comprobación así no bastan, naturalmente, los estudios de frecuencias absolutas, averiguando el número de subnormales pertenecientes a las diversas clases sociales a partir de los casos vistos, por ejemplo, en un centro de diagnóstico: hacen falta estudios de incidencia o frecuencia relativa, investigando tasas o índices de subnormalidad en las distintas clases sociales.

(2) Hay aquí un problema crítico de discusión de los criterios que sirven para delimitar la inteligencia normal y la subnormal. Es sabido que no hay «test» psicológico libre de influencias culturales y sociales. Concretamente, habría que puntualizar que las pruebas psicológicas suelen responder al modelo cultural de las clases en el poder, por donde resulta lógico que las clases desposeídas consigan en ellas peores resultados. Esta puntualización relativiza el hecho de la correlación positiva existente entre pobreza y riesgo de subnormalidad. Pero no debilita, sino refuerza la tesis central de este artículo: que en una sociedad de clases, el modelo de racionalidad vigente está impuesto y manejado por la clase dominante.



El lazo material entre pobreza y riesgo de subnormalidad se establece por vía de algo tan físico como la nutrición y su influjo en el peso del cerebro durante la etapa evolutiva del ser humano.

Son estudios bastante complejos, cuya adecuada metodología no hay por qué exponer aquí, siendo suficiente mencionar que sus mayores dificultades estriban en establecer adecuados criterios significativos tanto en la delimitación de clases sociales, cuanto en la de la subnormalidad mental y de sus grados, en lograr una adecuada descripción de la distribución de la población en una sociedad dada en obtener la correspondiente muestra para estudio y en conseguir, dentro de esa muestra, la localización exhaustiva de los casos de subnormalidad. Sólo tales estudios son pertinentes para nuestra cuestión. Como trabajos más importantes cabe citar los dirigidos por Heber en Wisconsin y por Imre en Maryland.

Un equipo de la Universidad de Wisconsin realizó un estudio en la ciudad de Milwaukee. De él se deduce que «el porcentaje previsible de casos con cociente intelectual (3) inferior a 75 oscila desde

el 0,7 por 100 en las clases económicamente más fuertes, hasta el 11,3 por 100 en el punto inferior de la escala social» (4). Para decirlo en términos más sencillos: en niveles de subproletariado, el riesgo de tener un hijo subnormal es del orden de quince veces mayor que en la clase alta.

El estudio dirigido por Imre en Maryland tomaba en consideración, además de la clase social, la variable de raza. Con respecto a la deficiencia mental severa, es decir, con cociente intelectual inferior a 50, ese estudio encontró que la tasa de dicha deficiencia

chico de diez años que obtiene los resultados propios de un niño de seis, tiene, según eso, un cociente intelectual de 0,60, o, más sencillamente, de 60, según la notación habitual. El sujeto de inteligencia media o normal tiene un cociente alrededor de 100. Por encima de 120-125 se considera a un sujeto superdotado; por debajo de 75-80, subdotado o subnormal.

(4) R. Heber, «The role of environmental variables in the etiology of cultural-familial mental retardation», en: Actas del I Congreso de la Asociación Internacional para el Estudio Científico de la Deficiencia Mental (Montpellier, septiembre 1967). Edición al cuidado de R. W. Richards. Reigate/Surrey, 1968. Página 88.

era del 0,18 por 100 entre los niños blancos de clase media alta, ascendiendo hasta el 1,89 por 100 entre los niños negros de clase baja (5). La pertenencia de raza y de clase social, por lo demás, van estrechamente unidas en USA, y todos los investigadores están de acuerdo en ver la raíz última de la miseria del negro americano en su bajo «status» social y no en su raza. Nos encontramos entonces con que, dicho otra vez en términos sencillos, el riesgo de tener un hijo deficiente grave es diez veces superior en la clase baja que en las otras clases.

El economista Ronald W. Conley, que ha realizado el más importante trabajo hecho hasta ahora sobre los aspectos económicos de la deficiencia mental, de su tratamiento y prevención, recoge los resultados de Imre, y concluye que «si entre todos los chicos de cinco a diecinueve años hubiera el mismo porcentaje de sujetos

con cociente intelectual inferior a 50 que entre los chicos blancos de clase media y alta, el número de casos por debajo de ese cociente (en USA) sería únicamente de 108.000, en vez de los 241.000 existentes». La diferencia entre ambas cifras da, según Conley, la magnitud de lo que podría hoy ser la prevención de la subnormalidad si se combatieran sus raíces sociales (6). Sus conclusiones, evidentemente, no son extrapolables sin corrección a otros países de diferente configuración social, pero desde luego no parece exagerado afirmar que la desaparición de la desigualdad social de clase y la efectiva igualdad de oportunidades sanitarias, educativas y de todo tipo significaría automáticamente la reducción de casos nuevos de subnormalidad a menos de la mitad de los actuales.

Una explicación del hecho

Que el medio social tiene que ver con el riesgo de subnormali-

(3) Se llama cociente intelectual al resultado de dividir la edad mental de un sujeto (es decir, la edad a que, como media, corresponden los resultados que obtiene en las pruebas psicológicas) por la edad cronológica. Un

(5) Paul V. Lemkau y Paul Imre, «Preliminary Results of a Field Epidemiologic Study»; comunicación presentada al Simposio Científico para el Memorial Joseph P. Kennedy (15 marzo 1966).

(6) Ronald W. Conley, «The Economics of Mental Retardation», The Johns Hopkins University Press (Baltimore/London, 1973). Página 302.

SUBNORMALIDAD Y CLASE SOCIAL

dad constituye un hecho irrefutable, estadísticamente comprobado en unos pocos estudios, pero diariamente experimentado por los profesionales de la atención al subnormal. La explicación del hecho es compleja; comprende diversos mecanismos, a través de los cuales el factor social llega a influir en el grado de inteligencia. Algunos de esos mecanismos están también comprobados por investigaciones sociales; otros son bien conocidos, aunque aguardan todavía su verificación metódica, y algunos, en fin, quedan todavía oscuros o son objeto de meras hipótesis más o menos plausibles.

La gama de esos mecanismos es muy ancha. Va desde una influencia tan material y física como la de la alimentación en el peso del cerebro, hasta otra tan cultural y ambiental como la de los estímulos en la formación de la inteligencia infantil.

El lazo más material entre pobreza y riesgo de subnormalidad se establece por vía de algo tan físico como la nutrición y su influjo en el peso del cerebro durante la etapa evolutiva del ser humano. Aquí tendría su punto de verdad la brutal y simplista afirmación del materialista Feuerbach de que «el hombre es lo que come» (7). No hace falta ser materialista para atender y entender ese hecho. Un periodista católico, E. Masina, escribe igualmente: «No sé con qué tipo de método pedagógico podría elevarse el modelo de hombre en una persona que solamente consume 1.200 calorías por día» (8). El funcionamiento concreto de la relación activa entre desnutrición e inteligencia aparece singularmente claro en los primeros años de vida. El peso del cerebro con respecto al del recién nacido se multiplica por dos al término del primer año de vida, por tres al final del tercer año, por cuatro hacia los doce años y ya durante el resto de la vida. Ahora bien, semejante desarrollo normal del cerebro depende de una nutrición adecuada. Apenas hace falta decir, de una parte, que los estratos sociales bajos son los peor alimentados, y, de otra, que la inteligencia tiene que ver con el desarrollo cerebral.

La relación entre desnutrición

y desarrollo cerebral ha sido experimentalmente establecida. Dos investigadores, M. Winick y P. Rosso, compararon los cerebros de niños que habían fallecido de desnutrición con los de otros de la misma edad que habían muerto en accidente. Encontraron que el cerebro de los niños desnutridos tenían siempre un menor número de células cerebrales (9). Por vía de la posible desnutrición, tenemos así una de las claves, la más material y orgánica, de la relación entre un nivel socio-económico bajo y un alto riesgo de deficiencia mental.

En el otro extremo, en el más distante de la materia orgánica, está la relación entre pobreza económica, pobreza de estímulos y riesgo de retraso mental. Muchos

ra, la falta de estímulos, la inadecuación del ambiente y otros factores negativos del entorno social resultan determinantes. Un posible ejemplo de este tipo de subnormalidad: Un bebé con algunas dificultades de audición, último de una serie de hermanos mucho mayores que él, con una madre superocupada que no tiene tiempo ni ganas de hablarle, siempre solitario en la cuna o en los rincones de la casa, tardíamente llevado a la escuela, mal atendido por el primer maestro que topa con él, corre grave peligro de un retraso intelectual, que luego ninguna pedagogía y ningún aparato en el oído serán capaces de vencer.

El nexo más importante entre clase social y riesgo de subnormalidad



El nexo más importante entre clase social y riesgo de subnormalidad se establece alrededor del parto y de sus posibles accidentes.

casos de subnormalidad, sobre todo ligera, cuya causa se declara médicamente «desconocida», tienen su origen en un cúmulo de circunstancias de tipo social, familiar, cultural, afectivo, escolar, etcétera, que han determinado un bloqueo irreversible en el desarrollo de la personalidad y de la inteligencia del niño. Este hecho lo conocen desde hace tiempo los investigadores anglosajones (10), que hablan de subnormalidad «cultural-familiar» para referirse a algunos tipos no clínicos de retraso mental en los que la pobreza, la insalubridad, la incultu-

dad se establece, sin embargo, alrededor del parto y de sus posibles accidentes. En España, los accidentes ocurridos en torno al parto son responsables al menos de la tercera parte de los casos de subnormalidad. Un estudio realizado en Barcelona sobre 1.650 subnormales diagnosticados, encontró que el 34 por 100 de los mismos lo eran a consecuencia de anoxia y traumas perinatales (11). Como todo tipo de acci-

(11) Ese estudio fue presentado por los doctores Martínez Callén, Rodríguez de Llauder, Santomá y Ubeira, en su ponencia «El subnormal y la sociedad», al Simposio de Pediatría Social (Madrid, mayo 1972). Los casos habían sido explorados en el Centro de Orientación y Diagnóstico de la Jefatura Provincial de Barcelona. Para el lector profano: La prolongada anoxia o falta de oxigenación en el momento del parto puede generar lesiones cerebrales irreversibles en el bebé; análogas lesiones pueden seguirse de accidentes en el uso de instrumentos para el parto.

dentos, los producidos alrededor del parto tal vez no puedan ser evitados en su totalidad, pero sí reducidos. Una mejor y más frecuente vigilancia del embarazo, unos servicios especializados para partos prematuros o de «alto riesgo» y, como base de todo, una mejor infraestructura hospitalaria de atención al parto, podrían reducir en mucho la cifra de deficientes a causa de accidentes perinatales. Entre tanto, las clases más perjudicadas son las de peor nivel económico. Mientras la mujer embarazada de clase alta o media alta suele visitar al tocólogo una vez al mes, la de clase trabajadora, en cambio, acude una sola vez durante el embarazo al tocólogo de la Seguridad Social (12). La pareja con posibilidades económicas para asegurar la presencia del médico y de un completo equipo obstétrico para atender el nacimiento de sus hijos, incluso cuando todo se prevé sin problemas (los accidentes vienen casi siempre de eventualidades imprevistas), tiene con ello mayores probabilidades de asegurar también la normalidad de esos hijos. Otro tanto hay que decir de los primeros meses del bebé. La atención del pediatra ha de ser tan frecuente y tan intensa como la del tocólogo durante el embarazo. Y de nuevo aquí, expuesta a una deficiente atención pediátrica, la clase económicamente más débil es también la más expuesta a la subnormalidad.

A través de esos y de otros mecanismos, la desigualdad social lleva, pues, a establecer desigualdades incluso en lo que se considera esencialmente definitorio del hombre: en su inteligencia. No está mal definir al hombre como animal racional o inteligente. Pero esa inteligencia que le especifica como hombre está socialmente condicionada, y en una sociedad de clases, socialmente discriminada. No todos los factores que inciden en la subnormalidad son inmediatamente de índole social. Pero si la lucha contra la subnormalidad ha de empezar por algún sitio, debe ser precisamente por esos factores, directa y manifiestamente sociales. Dicha lucha resulta así parcialmente coincidente con la práctica creadora de una sociedad no discriminatoria. ■ A. E.

(12) En Francia la ley prescribe actualmente cuatro exámenes obligatorios en el curso del embarazo a cargo de la Seguridad Social. Hay propuestas de elevar el número de esos exámenes del embarazo a diez visitas para los casos de riesgo, e incluso a diez visitas para todos los embarazos y a trece para los de alto riesgo.

(7) El párrafo completo de Feuerbach dice: «La alimentación humana es la base de la cultura y de la opinión humana. ¿Queréis reformar al pueblo? En vez de declaraciones contra el pecado, dadle mejores alimentos. El hombre es lo que come». Cito según A. Etcheverry, «Le conflict actuel des humanistes». Roma, 1964. Página 130.

(8) «Revolución y mundo moderno», en la obra colectiva *Revolución*. Dinor, Pamplona, 1972. Página 48.

(9) Tomado de «Entering the Era of Human Ecology», Informe Oficial de 1972 del President's Committee for Mental Retardation. Washington, 1972. Página 6.

(10) Desde hace más de cuarenta años: Cfr. E. O. Lewis, «Types of mental deficiency and their social significance», en «Journal of Mental Science» 79 (1933). Páginas 298-304.